ENRIQUE LASO

RUINOR DELOS MUERTOS



ENRIQUE LASO

RUMOR DE LOS MUERTOS

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2014, Enrique Laso

© 2014, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4137-0

Depósito legal: B. 17.866-2014 Preimpresión: MT Color & Diseño

Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

I

Monasterio, algún lugar del Reino de Castilla, siglo XV

El monje estaba totalmente inclinado sobre la mesa. La tenue luz de una vela apenas le permitía leer el grueso manuscrito que tenía que traducir. Las instrucciones habían sido claras: «Ha de estar listo antes de que octubre llegue a su fin». Por lo tanto, sólo le quedaban las horas de aquella noche otoñal para terminarlo.

Más allá de los gruesos muros de piedra del monasterio, una lluvia suave y pertinaz humedecía la tierra, que desprendía un agradable aroma. El sonido rítmico del agua al caer le hacía más amena su labor. Pese a todo, estaba aterrorizado con el contenido de aquel libro. Nunca antes había leído algo así. Normalmente traducía casi sin prestar atención, de una forma mecánica, y sólo en algunos momentos se entretenía en algún pasaje curioso. Pero esta vez le había resultado imposible. De hecho, temía que le criticaran porque la letra en más de una ocasión no había reflejado el pulso firme y decidido que en él era costumbre.

De súbito, un relámpago le sobresaltó. Aunque estaba solo en el *scriptorium*, tenía la extraña sensación de que alguien le acompañaba. Mejor dicho, tenía la seguridad de que *algo* le observaba. Varias veces se había girado con rapidez, pero a su espalda sólo había, separada apenas por unos metros, una alta estantería de robusta madera atiborrada de libros.

Volvió a mojar la pluma en el tintero y regresó a su ardua tarea. No sabía cómo un libro de aquellas características podía llegar a un monasterio y recibir el encargo de ser traducido. El manuscrito tenía unas tapas de cuero cuidadosamente trabajadas, con pedrería y piezas de oro incrustadas en el lomo. Uno sentía un sencillo placer al cogerlo, como si el artesano que las hubiera elaborado lo hubiera hecho con el fin de proporcionar el mayor de los regocijos al sentido del tacto.

«Es un ejemplar único, tienes que tratarlo con sumo cuidado», le habían repetido hasta la saciedad. No era en absoluto habitual que le reiterasen las cosas, ya que él siempre había sido en extremo cuidadoso, y por eso desde el principio no se había sentido cómodo con aquel encargo.

Aunque se notaba agotado, y ya el peso de los párpados se le hacía insostenible, apretó los dientes para en un último esfuerzo terminar de traducir aquellas pocas páginas que le restaban.

Quizá arrastrado por el abotargamiento y por el cansancio, empezó a escuchar un leve sonido, suave e incómodo a la vez. Conforme se iba aproximando al final del libro el sonido iba cobrando fuerza y nitidez. Era como el zumbido de una oleada de insectos: como una mezcla de grillos, chicharras y langostas aproximándose y emitiendo un ruido amenazador. E iba en aumento.

La pluma comenzó a deslizarse con dificultad, y el monje notó que le faltaba el aire. Curiosamente, al mismo tiempo su mente estaba clara, incluso iluminada, abierta como nunca a toda clase de experiencia y conocimiento. Cuando por fin llegó a la última línea, sus manos se retorcieron sobre sí mismas con brusquedad, y aquel zumbido que se colaba por las rendijas entre las piedras se hizo insoportable, ensordecedor.

Ante sus ojos, el hermoso libro que acababa de traducir empezó a arder de forma espontánea y en apenas unos segundos se convirtió en fina ceniza que se dispersó por la mesa y el suelo, sin que sus torpes y atrofiadas manos pudieran hacer nada por evitarlo.

El monje, aterrorizado, de repente comprendió. La claridad de ideas fue entonces extraordinaria y entendió que mientras conservara el poco juicio que le restaba tenía que afrontar una dura decisión. Sabía que lo que debía hacer era un pecado mayúsculo; pero intuyó que el mal ya circulaba por sus entrañas, apropiándose de todo su cuerpo y, si no lo remediaba, pronto se adueñaría también de su alma. Se giró sobre sí mismo, encaró la alta estantería de madera repleta de libros que le había dado cobijo durante años y, en un arrebato de fuerza y locura, se la tiró encima.

Π

Madrid, España, actualidad

Había amenazado lluvia a lo largo de todo el día, y el cielo ya de por sí denso y aplastante de Madrid se había tornado más plomizo, un poquito más irrespirable. Y el dolor de cabeza de Sebastián Madrigal iba en aumento.

«Ojalá rompa a llover de una vez», pensó, mientras apuraba un tazón de leche antes de tomarse otra aspirina, la tercera del día.

Pero quizá aquella cefalea no era provocada por la presión atmosférica, sino por los números de sus cuentas bancarias, que había estado chequeando aquella misma mañana a través de la oficina virtual que su caja de ahorros tenía en Internet. Había calculado que tenía para tres meses de alquiler, cuatro a lo sumo si conseguía meter algún artículo o que le encargasen la redacción de otro anodino catálogo publicitario.

Se asomó al gran ventanal de su salón y pensó que sería una lástima dejar aquel lugar y tener que mudarse a vivir con algún amigo misericordioso o, peor aún, regresar a casa de sus padres. A sus cerca de cuarenta años no sería un trago de buen gusto, después de haberse marchado con cierto aire de orgullo con apenas veinte.

Abajo, en el patio interior de aquel bloque de apartamentos de alquiler de uno de los mejores barrios residenciales de la capital de España, un puñado de niños jugaban y animaban a los negros nubarrones con cánticos que le retrotraían a su propia infancia: «Que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva...».

Entonces sonó el teléfono y salió bruscamente de la ensoñación en la que se había sumergido. Febril acudió a descolgarlo, con la vaga esperanza de que alguna revista le fuera a hacer un encargo de cierta envergadura. Pero al otro lado sonó una voz extraña, precisa, con acento anglosajón:

—¿Hablo con el señor Madrigal?

Creyó que a lo mejor podía tratarse de algún agente internacional en busca de un tema concreto que él hubiera abordado en el pasado, ya que eran tantos y tan variopintos que las posibilidades se multiplicaban casi hasta el infinito.

- —Sí, soy yo. ¿Con quién tengo el placer? —respondió, con cierta solemnidad.
- —Eso ahora mismo es lo de menos. Lo importante es a quién represento y lo que él pretende de usted.

Aquella respuesta tajante, y hasta un poco engreída, le dejó un poso molesto. Sin lugar a dudas, o el que le llamaba era un fanfarrón o se trataba de un asunto de verdadera relevancia.

—Bueno... Pues, ¿a quién representa y qué pretende de mí? —inquirió Sebastián con sarcasmo.

Se hizo un profundo y largo silencio al otro lado de la línea, como si la persona con la que hablaba tuviera que meditar muy concienzudamente sus siguientes palabras.

—Deseamos hacerle una propuesta. Se trata de una propuesta más que interesante. Para seguir hablando

necesito que me dé su autorización para grabar esta conversación...

Sebastián no entendió nada de aquello. Pese a todo, su ansiedad iba en aumento, y del dolor de cabeza que le acuciaba no quedaba ya el menor rastro. No era la primera vez que le pedían permiso para grabar una conversación, pero en las anteriores ocasiones se había tratado de su banco o de su compañía de teléfono. Ahora todo era distinto, y no tenía la menor idea de qué razones había para tomar tantas precauciones. Aunque, bien mirado, podía en verdad ser un trabajo como el que estaba esperando. Por eso no se atrevió a dar por zanjada la conversación y, tras unos instantes de vacilación, animó a seguir a su interlocutor.

- —Está bien, reconozco que ha despertado mi curiosidad...
 - -Perfecto. ¿Se llama usted Sebastián Madrigal?
 - —Correcto.
- —Limítese a contestar sí o no, por favor. ¿Se llama usted Sebastián Madrigal? —le interrogó nuevamente el desconocido.

Aquel hombre frío y metódico, casi como un robot, estaba empezando a molestar en demasía a Sebastián.

- —Sí —respondió, lacónico.
- —¿Es usted periodista freelance de profesión?

Aquello de *freelance* quedaba muy bien, aunque en su caso significaba que debido a su mal carácter y alto individualismo había perdido todos los trabajos con nómina de los que había dispuesto, ya fuera como jefe de local en un pequeño diario de provincias o como jefe de redacción de una prestigiosa y muy bien vendida revista nacional de ciencia.

—Sí.

—¿Admite que sea grabada esta conversación y que sus respuestas sean registradas y almacenadas, dándoles carácter de contrato entre ambas partes?

Si era un medio de prensa quien se estaba dirigiendo a él, desde luego era uno muy, pero que muy singular. Por su imaginación comenzó a circular la idea de que se tratara de la CIA o del MI6, aunque prefirió descartar tal posibilidad. Quería un trabajo, pero nunca de espía.

—Sí.

—Toda la información que reciba en adelante será absolutamente confidencial. Caso de quedar demostrado que usted la haya transmitido a terceros asumirá una indemnización por daños y perjuicios de seis millones de libras esterlinas. Como compensación, le serán ingresados en la cuenta que nos indique a fondo perdido cincuenta mil libras esterlinas. Para dirimir cualquier litigio las partes se acogerán a los juzgados de Londres y a la ley inglesa. ¿Está de acuerdo con todo lo anteriormente dicho?

Aquel hombre acababa de darle mucha información, aunque a Sebastián se le habían quedado grabadas especialmente dos cifras: seis millones y cincuenta mil. Una le llevaría a la ruina cuando no a la cárcel, la otra le permitiría vivir un año sin agobios. Un año entero sólo por contestar sí. No podía llegar a imaginarse qué narices le iban a proponer, pero ya estaba convencido de que no era algo normal, de que iba a ser algo realmente excepcional. Por un instante fugaz se imaginó en el sofá de su casa con cincuenta mil libras esterlinas sobre la mesa. Y sonrió. También cabía la posibilidad de que le estuvieran gastando una broma, con la aquiescencia de alguno de sus peores amigos, desde uno de esos programas de radio que animan los dificultosos desper-

tares de la gente y los insufribles atascos hasta llegar a la oficina. En cualquier momento sonaría una música estridente y un montón de personas al otro lado de la línea se echarían a reír. Pero necesitaba el dinero, necesitaba trabajo y no podía permitirse el lujo de hacer un desplante a alguien que *a lo mejor* sí deseaba contratar sus servicios.

—Sí.

—Perfecto.

A Sebastián ese «perfecto» le sonó muy extraño, como una mezcla de «todo ha salido bien» con un poco de «ya lo tenemos bien pillado».

- —Y ahora, ¿qué? —preguntó, realmente intrigado.
- —Ahora ya somos colegas, señor Madrigal. Ahora ya trabajamos para la misma persona —respondió aquel hombre con medida satisfacción.

Y al escuchar aquellas palabras Sebastián tuvo la impresión de haber dado un paso definitivo en su vida, tuvo la certeza de que todo iba a cambiar de una manera drástica. Era sólo una intuición, pero aquel presentimiento tenía una fuerza hercúlea.

- —Y, entonces, ya puede decirme lo importante: a quién representa y qué es lo que él pretende de mí... —dijo con cierto cinismo.
- —Sí. Trabajo para Henry Newman, un multimillonario afincado a las afueras de Londres. Él cree que puede ayudarle en una complicada misión para la que hace falta una persona muy especial, una persona sin prejuicios de ningún tipo.
- —¿Y de qué trata esa misión? —inquirió Sebastián, ansioso.
 - —Tiene que ver con un reciente artículo suyo.
- —Bueno... Recientemente supone mucho trabajo—mintió petulante—. Podría tratarse de cualquier

EL RUMOR DE LOS MUERTOS

cosa: traficantes de uranio en Asia, futbolistas que se arrepienten de serlo, premios nobeles y sus aficiones ocultas...

- —Es algo mucho menos... convencional.
- —No le entiendo.
- —Señor Madrigal, lo que desea el señor Newman de usted es que encuentre un libro que para él es de suma importancia. Un libro acerca del cual usted ha estado investigando no hace mucho.
- —¿Un libro? —inquirió, aun a riesgo de defraudar a su interlocutor, realmente despistado.
- —La misión que tiene para usted es que localice y le entregue el famoso Necronomicón, el Libro de los Nombres Muertos.